

Hombres ilustres

Por Jean Rouaud

(Anagrama)

Es ya un lugar común, pocas veces desmentido, afirmar que la literatura francesa no ha aportado grandes nombres nuevos después de los años sesenta, a excepción de los ensayos sobre teoría literaria y afines que tuvieron su florecimiento por entonces. Verdad es que podemos carecer de noticias: la circulación de las obras no siempre obedece a su calidad (más que a menudo sucede lo contrario). Con todo, es llamativo, en ese contexto, que el máximo premio literario francés, el Goncourt, haya sido otorgado en varios de los últimos años a escritores extranjeros que adoptaron la lengua francesa (Bianciotti, Makine; también a un francófono de Martinica, Chamoiseau).

Y he aquí a Jean Rouaud (1952), quien (informa la solapa) trabajaba como quiosquero en París cuando en 1990 obtuvo el Goncourt por su primera novela, *Los campos del honor*, basada en la figura de su abuelo, combatiente en la Primera Guerra Mundial. *Hombres ilustres*, su segunda novela, toma ahora la figura de su padre, miembro de la Resistencia durante la Segunda Guerra. (Entre paréntesis, cabe preguntarse con qué seguirá.) Su participación en la Resistencia, en realidad, es sólo enumerada en media página a dos del final, como un episodio más, aunque no el menos señalado, en la historia de ese hombre.

La novela está dividida en dos partes. La primera, más larga, es una serie de anécdotas que tienen como centro a Joseph, el padre protagonista, durante la niñez del autor narrador, es decir, entre fines de los cincuenta y principios de los sesenta. No hay ilación cronológica, sino que las breves anécdotas, que giran casi siempre en torno a objetos, con el trasfondo de una Bretaña que pasa del minifundio al latifundio, fluyen conectadas por pequeñas analogías o contigüidades. Sirven de base, por ejemplo, los distintos automóviles que tuviera Joseph, viajante de comercio, durante ese período. Al principio tiene uno la impresión de hallarse ante un Proust a escala menor: menor talento y menor cantidad de páginas. A medida que se avanza, sin embargo, el manejo sutil de la tensión entre emociones y estrategias narrativas va haciendo olvidar esa impresión inicial. Lugar central entre tales estrategias tiene el cambio permanente, incluso dentro de una misma frase, de la persona pronominal: tan pronto es un narrador externo a los hechos como un testigo o partícipe secundario, tan pronto se refiere a sí mismo en segunda persona como increpa del mismo modo a su padre o a su madre, o intercala fragmentos de diálogo en medio de una frase. La estructura total de esta primera parte se cierra en anillo, retomando la escena esbozada al principio para llevarla a su fin: la muerte de Joseph, con un mínimo distanciamiento impuesto por el hecho de ser contada, durante el momento cumbre, en segunda persona, como dirigiéndose a sí mismo.

La segunda parte se ocupa del joven Joseph, que escapa cuando va a ser trasladado para trabajo obligatorio en fábricas alemanas y pasa a vivir con documento falso en una granja cercana a Nantes. Los episodios son menos aquí, y más extensos, pero el encanto para narrarlos no es en nada menor. Finaliza con una sola frase de seis páginas (una única mayúscula al abrirse un signo de interrogación luego de cerrarse otro, sin coma intermedia, sugiere una probable errata) que describe como en una suerte de sinfonía poética un bombardeo aliado sobre Nantes, en medio del cual padecen, por separado, quienes salvarán la vida para llegar a ser sus padres. Valga esta pequeña muestra para finalizar: “*millares de bombas sobre Nantes aquella tarde, con las que se mezclan los hachones surgidos de las grietas de las aceras, cañerías de gas seccionadas transformadas en lanzallamas, como si el infierno subterráneo sumara sus fuerzas maléficas al furor celeste, y el calor de la hoguera es tal cerca de la farmacia de París, abrasada en cinco pisos, que las fuentes de plata de una joyería próxima se licúan en una salsa de mercurio...*”. (Traducción, bastante correcta, más allá de algún detalle de mal gusto y ocasionales galicismos en la correlación verbal, de Josep Escué; 164 páginas.)

Pablo Ingberg